

José María Guelbenzu

## El esperado

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

*El esperado* se publicó por primera vez en 1984. Iba a ser el primero de un terceto que no llegó a continuarse. En consecuencia, quedó un tanto desamparado de justificación narrativa. En esta edición, además de abundante corrección de texto, he reescrito en buena medida la parte tercera porque se lo debía a la trama. Queda así cerrada la historia que, con todo, he tratado de mantener sujeta al momento y estilo en que se escribió. (N. del A.)

*A mis padres*

Aguardo.  
Alguien puede llegar, venir de pronto,  
no sé quién, conociendo  
más que yo de mi vida.

José Ángel Valente

I  
El caballerito de Solano

Creo que nunca –y lo afirmo a tantos años de distancia– olvidaré aquel verano de 1959. En su transcurso conocí a Regina Mayor, pero también lo guardo en la memoria no solamente como símbolo del drama que presencié, sino como el encuentro con la revelación de aquello que, en los años de mi infancia, tantas veces me prometió mi madre al abrigo de la dulce oscuridad que enmarcaba su último beso antes de dejarme a solas a la espera del sueño demorado.

Desde muy pequeño me aquejó el miedo a la noche. Permanecía despierto largo tiempo hasta que el sueño finalmente me vencía. Y en esa vigilia, y en el temor, desarrollé mi imaginación o lo que entiendo por ella. En los momentos más dramáticos de la espera recordaba siempre una canción popular boliviana que cantaba mi abuela: «Ya me voy, / ya me voy, ya me voy yendo, / sabe Dios si volveré / a la tierra donde nací». Y, no sé por qué, me daba ánimos en lugar de entristecerme con su ritmo entre manso y furtivo; quizá porque la abuela, cuando me la cantaba, siempre se refería, perdida la cabeza, a un imaginario lugar que mi abuelo tuvo y que conoció mi padre, muerto apenas a los tres años de mi existencia. Hoy no queda de la abuela sino mi recuerdo, pero yo conocí el sentido de su expresión, andando el tiempo, como he llegado a conocer tantas otras cosas.

Aquel curso, que había resultado ser tan triste y desvaído como los anteriores, tan cumplido de miedo y aprensiones, de sombras y amenazas que anidaban en los altos techos del colegio, había trabado amistad –por la sola razón, quizá, de la

solidaridad entre los débiles o, cuando menos, extrañados— con un muchacho, repetidor, que me aventajaba en un año de edad y cuyo conocimiento de ciertos misterios de la vida era a mis ojos tan fascinante como cruel la soledad en que le dejaban muy a menudo mis compañeros de curso. Digo muy a menudo porque no siempre sucedía así y he de confesar que, de vez en cuando, lograba una audiencia ante el resto de la clase que yo nunca pude conseguir. Si bien él, como alumno repetidor, se obligaba a encontrar un lugar que no desdijese de su presunta veteranía, yo, no especialmente brillante, tenía a mi favor una acostumbrada y furtiva convivencia con los demás establecida a partir de los ocho años, edad con la que entré en el colegio, al igual que casi todos mis compañeros. El caso es que, a trancas y barrancas, se decidió a aceptar mi acogimiento como una no muy atractiva pero suficiente base para evitar el aislamiento y combatir la inestabilidad afectiva que le proporcionaban el resto de los colegiales.

Mi fascinación por Jaime provenía de su experiencia acerca de las mujeres. En la encrucijada de los quince años, cuando el acceso al conocimiento atormenta tanto como la sangre, aquel que sabe o aparenta saber es lo más aproximado a un dios, aunque vela su información como un tirano si no la vende como un comerciante implacable. Y Jaime, que la utilizaba a la desesperada con el resto de los compañeros cuando su falta de atención le quemaba, a mí me la ofreció con malicia y mesura a lo largo del curso, y acabó sucediendo que su propia estrategia —conmigo y con los otros— provocó en mí esa ternura obligada hacia el miserable que sólo cuando pierde pie provoca emoción a quien detesta su actitud, porque es en tales caídas donde percibo, gravemente, el estremecimiento y la desnudez inculcables del ser humano que se descubre enfrente. Y esa suerte de cariño de tan débil procedencia me atuvo tanto a él a lo largo del curso que no dudé en exceso cuando me propuso, hacia el mes de mayo, pasar un mes de vacaciones con su familia. La oferta, como corresponde, fue refrendada por sus padres en conversación telefónica con mi madre y, justo es decirlo, fue lo primero que me hizo sospechar que la rareza y soledad de Jaime no era solamente una cuestión de patio de colegio.

Jaime era un chico de compleción nerviosa, propenso a ataques coléricos, sanguíneo, de pómulos chupados y perfil aguileño, flequillo rebelde, remolino en la nuca, muy enjuto y cuyos estallidos de violencia se aproximaban como una tormenta lejana e inevitable, pues acostumbraba cuidar en exceso las formas, afectar serenidad y, al igual que las nubes oscuras se amontonan antes de la descarga, uno iba percibiendo poco a poco la tensión extraordinaria que electrizaba su propia calma hasta que el rayo hendía las nubes iluminando los volúmenes de la noche en que nos había sumido. En tales casos, y mientras expandía su miedo, yo aguardaba prudentemente, y sólo cuando los resplandores amenguaban, probaba, en tono seco y cortante para no disonar, a cinchar su ímpetu y abajarle el furor; y quizá porque esta clase de caracteres necesitan un complementario que les agüe las venas, finalmente se dejaba guiar por mí.

Ya en alguna visita a su casa, a la salida del colegio, pude comprobar que la atención que me deparaban sus padres también indicaba la ausencia de amigos en torno a Jaime. Yo era un muchacho ponderado y tranquilo, buen observador, muy sensible y, como bastantes hijos de viuda, poco amigo del empleo de la fuerza. Así pues, debían de considerarme un compañero no tanto ideal como manso, muy distinto a esos otros amigos que no parecían «trigo limpio», como comentaba burlonamente Jaime imitando el lenguaje de sus padres. Alcancé con el tiempo a saber que yo estaba considerado como un chico «modesto y bien educado»; bien pensado, no sé qué era peor. En fin, el caso es que cursaron oficialmente la invitación y la acepté con ganas, poniendo todo el empeño necesario para convencer a mi madre. La promesa del mar lo era todo para mí; era —y hoy no dejo de sonreírme por ello— el símbolo de la aventura, de la inmensidad constante y fascinante, era el coloso incógnito a cuyo territorio me acercaba la fortuna.

El primer signo de contrariedad apareció pocos días antes de mi partida, cuando, excusándose de un modo que me pareció excesivamente convencional, me anunciaron que no podrían acudir a recogerme a la terminal, por lo que debería pernoctar allí para, a la mañana siguiente, tomar un medio de transporte que me depositara en Solano, mi punto de destino.



Dada mi natural introversión, aquello me pareció una barrera infranqueable, pues no era yo persona muy viajada –menos aún solo–, y la expectativa de aparecer avanzada la tarde en una ciudad absolutamente desconocida y, sin tiempo apenas, tomar una habitación en alguna pensión se me antojaba una aventura que superaba con creces mi modesta y asustadiza capacidad de desenvolvimiento.

Pero la timidez tiene sus contrapartidas, porque aún peor me parecía renunciar al viaje por aquello que, a fin de cuentas, mi lucidez se cuidaba muy bien de definir como una ni-miedad; de este modo, el miedo al ridículo ante Jaime y su familia hizo que ocultase a mi madre las tremendas angustias que me producía el viaje, y un jueves a las ocho de la mañana me personé, tras un desangelado viaje en Metro plagado de horribles presagios, en los garajes de La Interprovincial para abordar el autobús. El temor a equivocarme de autobús y las agónicas luchas por superar el miedo a preguntar ayudaron a volverme el estómago del revés. Cuando el autobús enfiló la salida de Madrid me sentía como quien acaba de regresar sano y salvo del frente tras su primera entrada en combate; no hay nada mejor que la necesidad en soledad para templar un carácter. Después de haber sufrido toda clase de sobresaltadas premoniciones a lo largo del viaje, no me costó gran esfuerzo trabar conversación con los empleados de la terminal, y ellos me proporcionaron la dirección de una pensión económica regentada por viuda, de habitaciones tristes y huidizas, y que en mi euforia tomé por la primera consolidación de posiciones en mi arriesgado plan de poner pie en Solano.

Dos recuerdos tengo de aquella pernocta y ambos están, en cierto modo, ligados a la historia de aquel verano. El primero se refiere a la habitación; dados mis escasos recursos económicos –y la conciencia del esfuerzo de mi madre para subvencionarme dignamente el viaje y la estancia–, me vi obligado a alquilar una cama en habitación compartida. La patrona me informó escuetamente de que en la otra cama dormiría un señor que, como yo, estaba de paso. La idea de compartir una habitación con un desconocido me resultaba desagradable y poco higiénica y procuré adelantarme a él y recogerme pronto,

de tal modo que cuando el tipo llegó yo ya estaba instalado en mi cama, en calzoncillos, y poco menos que conteniendo la respiración. Recuerdo muy bien que, con la inquietud propia de gente de escasos recursos económicos en las ocasiones en que hace un exceso, había introducido mi carterilla entre los genitales y el calzoncillo tras reflexionar que, si el tipo intentaba arrebatármela, ningún lugar tan sensible como ése para advertirlo inmediatamente. Del tipo no recuerdo más que su silueta y volumen y que tuvo la gentileza de no encender la luz para acostarse. Yo me hice el muerto durante mucho tiempo después de que dejara de rebullir en su cama, alerta como un ratón de campo antes de incurrir en la noche abierta. Y cuando el otro dejó hasta de roncar, yo seguía desvelado, tratando de conciliar el sueño, abandonado por todas mis fantasías hasta que, después de haberlo esperado tanto, debí de quedarme dormido sin darme cuenta, extenuado. Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, el tipo había partido ya.

El segundo, y por esta razón enlaza, es la propia noche. Como ya dije, siempre tuve miedo a la noche, un miedo que me impedía cerrar los ojos y alcanzar el sueño, no porque temiese algo en concreto, sino porque me producía una terrible sensación de inhospitalidad y desamparo. Mi madre solía aparecer varias veces, tan sólo a la puerta de mi cuarto, como si tratara de paliar la sensación de abandono, hasta que –supongo– comprobaba que yo dormía. Y mientras tanto, aguardando cada aparición de mi madre, para no sentirme solo tejía y tejía historias inventadas que siempre protagonizaba yo. Aquella noche en la pensión, en la que mi alerta o vigilia fue de otro modo que el habitual, percibí el primer síntoma de que, aunque levemente, algo iba a comenzar a cambiar. Pero sobre todo recordé la promesa de mi madre, una noche en la que no acertaba a encontrar el camino del sueño. Me explicó que el mundo está lleno de hijos del día e hijos de la noche y que sólo unos cuantos hijos del día consiguen adentrarse en el territorio de los hijos de la noche, pero, si lo logran, ese territorio es para ellos tan claro, de un modo distinto, como el día; yo la escuchaba maravillado y entonces ella me aseguró que yo llegaría a pisar ese territorio y así me haría dueño de mi propia vida.

Muy lejos estaba mi madre de suponer que aquel verano del 59 y el fúlgido encuentro con Regina Mayor vendrían finalmente a mostrarme el camino de entrada al territorio de los hijos de la noche.